

CAPÍTULO XXIV

RENACIMIENTO

Después de agotar las causas que lo llevaron al mundo mental y de haber asimilado completamente las experiencias pasadas, el Ego siente de nuevo el anhelo de vida material, la cual sólo se puede satisfacer en el plano físico. A este anhelo los hindúes lo llaman trishna.

Se puede considerar, en primer lugar, como deseo de expresarse; en segundo lugar, como deseo de recibir impresiones de afuera, que le den la sensación de estar vivo. Para esto es la ley de evolución. Trishna (o anhelo) actúa por medio de Kama (o deseo), el cual, para el individuo, como para el Cosmos, es la causa primaria de la reencarnación.

Durante el descanso en el mundo mental, el Ego está libre de sufrimientos y tristezas; pero el mal que hizo en su vida anterior se ha mantenido en estado, no de muerte, sino de animación suspendida. Las simientes de las malas tendencias pasadas empiezan a germinar tan pronto como la nueva personalidad empieza a formarse para la nueva encarnación. El Ego ha de tomar la carga del pasado; los gérmenes y simientes cosechados de la última vida, a los cuales los budistas llaman skandhas.

Kama (deseo), con su ejército de skandhas (gérmenes), aguarda en el umbral del mundo mental, del que surge el Ego para tomar una nueva encarnación. Dichos gérmenes consisten de cualidades materiales, sensaciones, ideas abstractas, tendencias de la mente, facultades mentales, etc.

El proceso se inicia al poner el Ego su atención en la unidad mental, la cual reinicia inmediatamente su actividad; luego en el átomo astral permanente, al cual aplica su voluntad.

Las tendencias, las cuales, según hemos visto, están en un estado de animación suspendida, son exteriorizadas por el Ego al descender a la reencarnación, y se envuelven primero en materia mental y también en esencia elemental del segundo gran reino, de manera que expresan exactamente el desenvolvimiento mental que el hombre tenía al término de su última vida celestial. El hombre reanuda así el desenvolvimiento en el mismo punto en que lo dejó.

El siguiente paso es atraer a sí la materia del mundo astral y esencia elemental del tercer reino, obteniendo así los materiales para construir su cuerpo astral, haciendo que reaparezcan los apetitos, las emociones y las pasiones que trajo de las vidas pasadas. El Ego, al descender a la reencarnación, no reúne la materia astral conscientemente, sino que es una acción automática. Por otra parte, el material reunido es la exacta reproducción del cuerpo astral que tenía al término de la última vida astral. De manera que el hombre reanuda la vida en cada mundo exactamente donde la dejó.

El estudiante descubrirá en lo que antecede una parte de la acción de la ley kármica, de la cual no hemos de tratar en este volumen. Cada encarnación está vinculada, inevitable, automática y exactamente, a las vidas precedentes, de manera que la serie constituye una cadena continua.

La materia astral así reunida no forma todavía un cuerpo astral definido. En primer lugar, toma la forma de un ovoide, el cual es la expresión más aproximada de lo que entendemos por la forma real del cuerpo causal. Tan pronto como el cuerpo físico del infante está formado, la materia física ejerce una violenta atracción de la materia astral, la cual estaba antes bastante parejamente distribuida en el ovoide, y concentra la gran masa de la misma dentro de la periferia del cuerpo físico.

A medida que el cuerpo físico se desarrolla, la materia astral reproduce todos los cambios; noventa y nueve por ciento de la misma está concentrada dentro de la periferia

del cuerpo físico, y sólo el uno por ciento sobrante llena el resto del ovoide y constituye el aura, como vimos en un capítulo anterior.

El proceso de reunir materia alrededor del núcleo astral se efectúa a veces rápidamente; otras ocasionan una gran demora.

Una vez completo, el Ego se encuentra en su vestidura kármica que él mismo preparó, listo para recibir de los agentes de los señores del Karma el Doble Etérico como nuevo molde en el que se formará el cuerpo físico (Véase: "El Doble Etérico") .

Las cualidades del hombre no entran, al principio, en acción; son simplemente gérmenes de cualidades, que se han asegurado un posible campo de manifestación en la materia de los nuevos cuerpos. El que tales cualidades se desarrollen en la nueva vida, con las mismas tendencias de la anterior, dependerá de la facilidad o entorpecimiento que rodeen al infante en sus primeros años. Cualquiera de ellas, buena o mala, puede fácilmente entrar en actividad si se la alienta, o, por el contrario, quedar sofocada, si no se la estimula. Si se la estimula, puede llegar a ser, en la vida del hombre, un factor más poderoso que en la vida anterior; si se la sofoca, queda meramente como germen sin fructificar, que, con el tiempo, se atrofia y muere y no aparece en ninguna otra encarnación.

Se puede decir, por consiguiente, que el infante no posee todavía un cuerpo mental, ni un cuerpo astral propiamente, sino que sólo tiene a su alrededor y dentro de sí mismo los materiales con los cuales los ha de construir. Por ejemplo, supongamos que uno fue borracho en su vida anterior; en el mundo astral pudo haber agotado el deseo de beber y verse libre del mismo. No obstante, aunque el deseo estará muerto, quedará la misma debilidad de carácter que puede dar lugar a que tal deseo renazca y lo vuelva a dominar. En la vida siguiente, su cuerpo astral contendrá materia capaz de dar expresión al mismo deseo; pero no está, en manera alguna, obligado a utilizar tal materia de la misma manera que antes. Si los padres son cuidadosos y capaces, que le enseñen a considerar tal deseo como malo, lo reprimirá y llegará a dominarlo al insinuarse; de manera que tal materia quedará sin vivificar y se atrofiará por falta de uso. Se recordará que la materia del cuerpo astral se gasta y es reemplazada constantemente, al igual que la del cuerpo físico; así, a medida que se descarta la materia atrofiada, se reemplaza con otra más refinada. De esta manera, los vicios que se dominan, se hacen imposibles para el futuro, y la virtud opuesta se establece en su lugar .

Durante los primeros años de la vida del hombre, el Ego tiene poco dominio sobre sus vehículos; por lo tanto, espera que los padres le ayuden a conseguir un dominio más firme, rodeándole de condiciones adecuadas. Es imposible exagerar la plasticidad de estos vehículos no formados todavía. Mucho puede hacerse con el cuerpo físico de los niños; pero mucho más se puede hacer con el vehículo astral y con el mental. Estos cuerpos responden prontamente a toda vibración que les llega, y son intensamente receptivos a toda influencia, buena o mala, que proceda de quienes les rodean. Además, aunque en su temprana juventud son muy susceptibles y se moldean con facilidad, muy pronto se asientan y endurecen y adquieren hábitos que, una vez firmemente arraigados, son difíciles de extirpar. De manera que el porvenir de los niños depende de los padres, en medida mucho mayor de lo que muchos de éstos se dan cuenta. Sólo un clarividente sabe con qué rapidez y en qué gran medida se mejoraría el carácter de los niños si el carácter de los adultos fuera mejor de lo que corrientemente es.

Se conoce el caso en que la brutalidad de un maestro causó daño irreparable a los cuerpos de un niño, al punto que fue imposible para éste avanzar en esta vida todo lo que podía esperarse. El medio ambiente en que crece el niño es de tanta importancia, que en la vida, en que se alcanza el adeptado, el niño ha de estar en un medio ambiente absolutamente perfecto.

En el caso de mónadas de clase inferior, con cuerpos astrales extraordinariamente fuertes, las cuales reencarnan a intervalos muy cortos, ocurre, a veces, que la Sombra o el Cascarón, dejados en la última vida astral, persisten todavía; en tal caso, es muy posible que sean atraídos por la nueva personalidad. Cuando tal ocurre, traen los viejos hábitos y modo de pensar y, algunas veces, también la memoria de la vida pasada.

En un individuo cuya vida fue tan mala que los cuerpos astral y mental fueron arrancados del Ego, después de la muerte, éste, al reencarnar, como no tiene cuerpos que ocupar en los mundos astral y mental, ha de formar otros en seguida. Una vez los ha formado, la afinidad con los antiguos, todavía no desintegrados, se afirma. Estos cuerpos astral y mental viejos constituyen la forma más terrible de lo que se ha llamado el “guardián del umbral”.

En el caso extremo de un hombre que viene al renacimiento y que, por sus viciosos apetitos o por otra causa haya creado un fuerte vínculo con un animal de cualquier clase, quedará unido por afinidad magnética al cuerpo astral del animal, cuyas cualidades alentó y quedará encadenado como prisionero al cuerpo físico del animal. Así encadenado, no puede realizar el renacimiento; es consciente en el plano astral, posee sus facultades humanas; pero no puede controlar el cuerpo del bruto con el cual está ligado ni expresarse por medio del mismo en el mundo físico. El organismo animal es así un carcelero más que un vehículo. El alma animal no es desposeída, sino que es la ocupante y la que domina en el cuerpo. Tal prisión no es reencarnación; pero explica, en cierto modo, la creencia de algunos en Oriente de que el hombre, bajo ciertas circunstancias, puede reencarnar en un cuerpo animal.

En el caso de que el hombre no esté tan degradado como para quedar aprisionado, pero cuyo cuerpo astral tenga fuerte tendencia animal, pasará normalmente al renacimiento humano, pero las características animales se reproducirán en el cuerpo físico, como lo testifican los "monstruos" que, a veces, nacen con facciones y rasgos de animales. El sufrimiento que ello implica para la entidad humana consciente es muy grande, aunque de acción reformadora. Algo similar ocurre a otros Egos que vienen con cuerpos humanos, pero con cerebros enfermos, como los idiotas, lunáticos, etc., aunque la idiotez y la locura son el resultado de otras causas.

La locura es muchas veces consecuencia de la crueldad, muy especialmente cuando la crueldad es intencional y refinada.